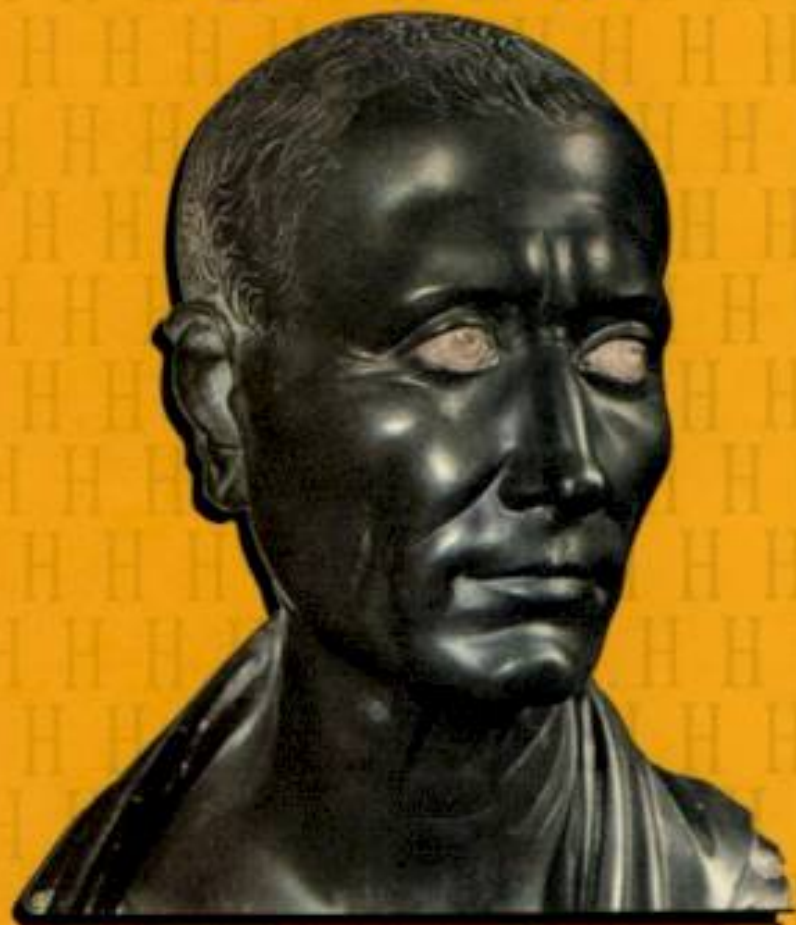


Novela Histórica

El joven César

Rex Warner



El joven César es una novela biográfica que cautivará al lector del mismo modo que su protagonista cautivó a sus contemporáneos. Ambientada en los últimos días de la República romana, esta extraordinaria obra muestra a un joven Julio César ya consciente de la gran labor que el destino le depara: dominar el mundo. De vida desordenada y costumbres licenciosas, arruinado y endeudado hasta la última moneda y enfrentado a muerte con los enemigos de su familia, César dejó boquiabiertos y amedrentados a cónsules y senadores al tomar las riendas de Roma, cuando nadie podía ni quería esperar nada de él.

A Barbara

PRÓLOGO

En la tarde del 14 de marzo, en el año 44 a. de C., César cenó en casa de Lépido, en Roma. Terminada la cena, se retiró a una mesa situada a un costado y se puso a escribir. Tenía entonces 58 años y hacía ya algún tiempo que era calvo. Sin embargo, su calvicie quedaba oculta por la corona triunfal que, por un decreto del Senado, estaba autorizado a lucir en todas las ocasiones. Hacía poco que había sido nombrado dictador a perpetuidad y alrededor de un mes antes de la fecha de esta comida había rehusado —algunos decían que no con mucho agrado— el ofrecimiento de una corona que le hizo Antonio. Se creía que dicha oferta volvería a hacersele, aunque en distinta forma, al día siguiente, fecha de los idus de marzo. Lucio Cotta, el anciano tío de César, propondría formalmente en el Senado que al dictador le fuera dado el título de «rey». Justificaría tal propuesta presentando una declaración del Libio de los Oráculos, según la cual a un rey le estaba asignado el destino de conquistar el gran reino de Partia, en Oriente. Como César, ese día, inmediatamente después de la reunión del Senado, debía partir hacia Partia y unirse a la campaña militar final, la propuesta de Cotta podía representar un acto patriótico.

Ignoramos qué ocupaba la atención de César al sentarse a escribir, mientras escuchaba de tiempo en tiempo las conversaciones de los invitados a la cena. Pudo muy bien haber estado atareado con órdenes para sus comandantes de división, o con instrucciones sobre la conducción de sus tropas; también pudo haber estado redactando reglamentos destinados a poner término al lujo y al derroche de las mujeres romanas o de los hombres de negocios; pudo estar haciendo anotaciones acerca de una de sus propias campañas, o componiendo un poema o un tratado literario

o escribiendo una carta de amor a Cleopatra, la reina de Egipto, que por entonces se encontraba en Roma, o a cualquier otra de entre las numerosas mujeres que conocía. Cuestiones referentes a puentes, acueductos, caminos, finanzas, religión, proyectos municipales, control del tráfico, alteraciones en el calendario, una antología de dichos chispeantes, que por ese entonces estaba compilando, el problema judío, detalles sobre uniformes, estatuas, las dificultades de sus amigos... en todos, algunos o muchos más de estos asuntos, podía haber estado concentrada su atención, tan numerosos eran sus afanes, intereses y responsabilidades, tan activos y enérgicos eran todavía su cuerpo y su mente.

Era cierto que en los últimos años había estado sufriendo de crecientes ataques de una especie de epilepsia, y no faltaban algunos que llegaban a sostener que, debido a su temor por tales ataques —pues odiaba todo lo que fuera indecoroso— o a causa de la perturbación mental de la cual estos ataques eran síntoma, su conducta y sus maneras en cierto modo habían cambiado. Su bien conocida afabilidad y cortesía eran cualidades —según se decía— que iban desapareciendo. Hubo, por ejemplo, una ocasión en que ofendió al Senado recibiendo sentado a sus miembros. ¿Sería ello signo de despotismo o nada más que agotamiento físico? Y en la última gran batalla de la guerra civil, algunos expertos manifestaron que demostró una temeridad sorprendente y una impaciencia tal, que bien pudieron haberle costado la vida o el honor. Sin embargo, sus amigos podían explicar con justicia que siempre fue temerario, y que no era ésa la única batalla que ganó en el último momento y como resultado de haber expuesto su propia persona al mayor peligro. En cuanto a sus maneras, decían que eran tan amistosas y afables como siempre. Para la amistad tenía ciertamente un don único. No hubo en la historia ningún otro gran hombre que contara con tantos amigos y de tan diferentes niveles sociales; y si César hizo frecuente-

mente amistades, como con Pompeyo y con Craso, que en parte servían para promover sus propios intereses, mucho más numerosos fueron los casos en que su amistad fue libremente ofrecida y libremente aceptada como algo sincero, agradable y desinteresado. En cuanto al Senado se refiere, no era cosa nueva en él reaccionar de forma violenta ante la pomposidad y el obstruccionismo. Tal vez fue un error haber recibido a los senadores sin molestarse en ponerse en pie, pero ésa era la clase de aparentes errores que César cometía con frecuencia y que finalmente resultaban ser tácticas provechosas para su partido y para sí mismo. Era muy probable que el incidente fuera recordado en el futuro como un ejemplo más de la informalidad de César, de la extraña confianza en sí mismo originada en su propia temeridad. Y no porque a estas alturas de su vida temiera a ningún poder superior. Con todo, él debió saber que, aunque el orgulloso estado de Roma se encontraba a sus pies o en sus manos, quedaban todavía muchos individuos que debido a la ambición, la envidia, el rencor y aun al patriotismo lo odiaban, y que quizá despertaba más odio aún entre aquellos con quienes había sido más clemente. No ignoraba la naturaleza humana, puesto que toda su vida transcurrió en la política revolucionaria. El único peligro al cual se hallaba expuesto era el del asesinato, y muy característicamente no tomó ninguna precaución.

No obstante, no habría sido propio de él no haber prestado al asunto alguna atención. Durante ese festín de Lépidio, en la noche anterior a los idus de marzo, levantó la cabeza por algunos instantes de su trabajo y escuchó con atención la conversación de los invitados, quienes discutían en términos generales acerca de cuál sería la clase de muerte más agradable. Los demás no sabían que él estaba escuchando y no dejaron de sorprenderse cuando de pronto intervino en la conversación con las palabras: «Una muerte repentina», y volvió otra vez su atención al trabajo que estaba haciendo.

Uno de los invitados debió haber quedado impresionado por sus palabras. Fue Décimo Bruto, quien, aunque lo ignoraba, había sido nombrado segundo heredero en el testamento de César. Era un hombre de gran prestigio militar, que sirvió muy bien a César en muchas campañas y que todo lo debía a su amistad con él. Sin embargo, se encontraba entre los conspiradores que, encabezados por otro Bruto, hijo de Servilia, la anterior amante de César, un joven a quien el dictador profesaba singular cariño, planeaban el asesinato para el día siguiente. Décimo Bruto debió haberse preguntado, tal como hoy nos lo preguntamos nosotros, qué sensación, qué conocimiento, qué intuición o sospecha pudo haber detrás de esas palabras dichas con toda calma encomiando una muerte repentina: una muerte que ya había sido planeada.

Que César no tuvo conocimiento de la índole precisa ni de la amplitud de la conspiración es cosa cierta. Sin embargo, los relatos que han llegado hasta nosotros sobre el perturbado sueño que tuvo esa noche, sus presentimientos, dudas y pesadillas, son la evidencia de que su mente estuvo afectada por alguna terrible sospecha... ¿Acaso supuso que por primera y única vez la suerte, la violencia y su propio carácter se habían combinado en su contra? ¿Pudo imaginar que sus horas estaban contadas? Y, de haber sido así, ¿habrá visto, tal como se supone que algunas personas llegan a ver antes de la muerte, desfilan velozmente todo el proceso de su vida? No sabemos qué pudo haber visto ni cómo pudo haberlo juzgado, pero en parte podemos imaginarlo. Nuestra imaginación debe ser selectiva, puesto que aun los sucesos que suponemos desfilaron ante sus ojos, ya en la casa de Lépido, ya en los intervalos en que estuvo despierto durante la noche, son demasiado numerosos para ser registrados; y es propio también circunscribirlos por respeto a la verdad, aunque en un asunto como éste la objetividad no es posible. Con frecuencia César emprendió la tarea de explicárselos, pero no estaba habituado

a la autocrítica. Su grandeza es indiscutible; pero si tal grandeza es algo admirable o desastroso, es una cuestión muy diferente.

César sabía que era grande, si bien ese conocimiento parece haberle llegado gradualmente. Antes de su muerte podemos imaginarlo reflexionando acerca de la vida que estaba tan próxima a su fin en términos como los siguientes.

LIBRO PRIMERO

1

MI FAMILIA

Mi familia desciende de los antiguos reyes de Roma, y si hemos de creer la historia según la cual Venus fue nuestra antepasada, también descendemos de los dioses inmortales. Existan o no los dioses, esa fuerza que hallamos en la naturaleza y en la personalidad a la que llamamos «Venus», ha sido muy generosa conmigo, excepto, cosa extraña, en su aspecto procreativo. Después de muerta mi hija Julia, no queda nadie de mi sangre, pues aunque Cleopatra pretenda mi paternidad sobre su hijo Cesarión, no hay que fiarse de sus palabras. Sin embargo, nuestra antigua familia, elevada por mí otra vez a la grandeza luego de muchos años de oscuridad, no se ha extinguido. La hija de mi hermana (fue en el año de la conspiración de Catilina) dio a luz un niño, Octavio, al que nombré mi heredero. Es un joven de notable habilidad, ambicioso, sensato y absolutamente cruel. Desgraciadamente su salud es deficiente, pero también lo fue la mía a su edad. Si vive, heredará, asirá y sabrá retener el poder.

Con la notable excepción de mi persona, no ha habido durante muchos años en la familia Julia ningún varón que se destacara. Mi padre nunca logró el consulado, pero Aurelia, mi madre, fue vastamente conocida, salvo en círculos libertinos, por su integridad, su encanto, y su considerable capacidad intelectual. Tenía sus ambiciones puestas en mí y en los tiempos críticos de mi carrera siempre fue un apoyo, desaprobándome con frecuencia. Y en verdad, no toda mi carrera puede ser aprobada por aquellos cuyos principios, aunque liberales, son estrictos. No obstante, prefiero creer que mi madre, como mujer, comprendió que los principios, aun los más sinceramente mantenidos, para resultar efectivos han de ser adaptados, en cierta medida, a los aconteci-

mientos. La tragedia de nuestros tiempos y, de algún modo, mi propia tragedia, consiste en que los remedios adoptados han sido insuficientes para abatir el mal; en que hechos accidentales, como el peso muerto de la tradición, los intereses y la estupidez, han entorpecido continuamente mi libertad y rapidez de acción, de manera que lo que he realizado ha sido, más que lo bueno, lo necesario. Por otra parte, debe observarse que no mucha gente es capaz de realizar lo necesario y mucho menos todavía moldear, aun en cierto grado, las fuerzas de la necesidad misma. Por haber reconocido algunas necesidades y por haber actuado con la rapidez y seguridad indispensables para garantizar que entre dos o más posibilidades, una al menos se haya concretado, mereceré el respeto de la posteridad. Es probable sin embargo, siendo la naturaleza humana tal como es, que sea a la vez detestado y admirado, pero siempre por razones equivocadas. El espíritu doctrinario y anticuado de Catón no murió con él en Utica. Se hallará con frecuencia que es suficiente con llamarme «rey» o «dictador», o se magnificarán hasta más allá de lo concebible palabras tales como «libertad» con la intención de presentarme como a un fenómeno calamitoso, que, por ambición personal, despojó a los hombres de sus derechos y oportunidades de libre progreso. Y habrá otros que, al igual que muchos hoy me admirarán hasta la idolatría por la única razón de ser ellos mismos incapaces de asumir responsabilidades. Son éstos los hombres que siempre adorarán al poderoso, aun cuando ese poder se dirija directamente contra sus propios intereses e imaginarias creencias. Su adulación brota de un natural servilismo y, aunque en toda situación constituyan un factor de gravitación, carecen sin embargo de valor. No me gustaría ser calificado como bueno ni como malo. Sería más apropiado llamarme necesario, brillante y, siempre que se diera la posibilidad, bien intencionado.

Me imagino que mi madre pensó en mí en esta forma, aunque en mi niñez, como es natural y propio de una bue-

na educación, las palabras «bueno» y «malo» fueron frecuentemente pronunciadas. No sólo mi madre misma sino también varios de entre sus familiares eran gente destacada tanto por su alcurnia como por su alto nivel intelectual. Rutilio Rufo, por ejemplo, tío de mi madre, era un adepto a la filosofía estoica, pero contrariamente a Catón, la sentía con sinceridad y sin la menor ostentación. Era lo que llamamos un «antiguo romano» y, a decir verdad, el único ejemplar de este tipo que jamás conocí. La persecución de que fue objeto por parte de los capitalistas romanos de nuevo cuño, me enseñó una de las primeras lecciones en política. Luego vienen los hermanos de mi madre, los Cotta, dos de los cuales llegaron al consulado. Recuerdo especialmente a Cayo Cotta, uno de los mejores oradores de su tiempo y hombre de grandes luces. Él, como la mayoría de sus amigos, era ferviente estudioso de la literatura y de la teoría política griegas. No es que pensarán, como parecen haberlo hecho algunos reformadores anteriores, que la estructura política de una sociedad puede ser importada en masa e imponérsele a otra; pero habían advertido perfectamente, mucho antes que los demás, que la constitución y teoría del gobierno romano, a pesar de lo admirables que fueran en el pasado, resultaban ahora inadecuadas, anticuadas y hasta peligrosas. Así, en sus conversaciones, a las cuales aun de muy niño me fue frecuentemente permitido asistir, debatían los méritos de la democracia, oligarquía y monarquía, citando a Tucídides, Aristóteles, Platón y a filósofos populares del momento. Yo era un oyente entusiasta, fascinado en parte por la política misma y en parte por lo que consideraba la gran distinción intelectual de la familia de mi madre. Mis tíos y sus amigos tuvieron la bondad de fijarse en mí y estimularon mi temprano y duradero interés por la literatura griega. Recuerdo que durante una de sus discusiones los sorprendí, al aventurarme a citar un verso de Eurípides, sobre el cual he tenido que reflexionar en muchas ocasiones:

*Si mal has de hacer, hazlo en salvaguardia
Del poder supremo y, en otras cosas, sé siempre
bueno.*

Mi tío Cotta, por entonces un joven que comenzaba su carrera en los tribunales, me aplaudió por haber leído y recordado a Eurípides, pero deploró el contenido de los versos por antiliberales. Le sobraba razón, pero fue incapaz de comprender qué se entiende por necesidad.

Me sentía orgulloso de mi madre y su familia. También estaba orgulloso y fui profundamente influido por otra relación familiar de índole completamente distinta. Hoy, sólo amigos personales o especialistas en historia recuerdan a los Cotta; en cambio mi tío Mario siempre será recordado.

Es difícil comprender cómo a este formidable y tremendo personaje le fue permitido entrar en nuestra familia. Era de oscuro origen y sus padres, según parece, se ganaban la vida con trabajos manuales. Él y ellos dependían del poderoso y con frecuencia arrogante clan de los Metelo, pero, según me dijeron, Mario, desde muy temprana edad, proclamó su total independencia y lo demostró al empeñarse en insultar al cónsul Quinto Metelo, quien le había dado la primera oportunidad de probar sus habilidades en la milicia. Mario no tenía dinero ni elocuencia, y luego de ofender a los Metelo, quedó sin apoyo en los círculos influyentes. Sin embargo, basándose tan sólo en sus grandes cualidades de soldado y su enorme popularidad, logró el consulado. Todo esto sucedió antes de mi nacimiento, así como su matrimonio con la hermana de mi padre, mi tía Julia. Se trataba de una extraña pareja, ya que Julia era socialmente muy superior a él y Mario, en cambio, nunca concedió la menor importancia al rango. Si hubiese deseado apoyo político probablemente habría buscado alianza con otra familia, ya que la nuestra, por esos tiempos y a pesar de su gran antigüedad, no poseía riquezas ni influencia política. Tal vez Mario y mi tía, por difícil que sea imaginarlo, estuvieron

enamorados. Por cierto que mi tía siempre se expresó con respeto cuando hablaba de su esposo y constantemente se refería a las grandes hazañas de éste durante su juventud y primeros años de madurez. Ello era explicable si se considera el espantoso salvajismo que caracterizó sus actos durante las últimas etapas de su vida.

Para mí, durante mi niñez, él fue más una leyenda que una realidad. Se lo nombraba invariablemente durante las conversaciones de niñeras, tutores y alumnos, y su nombre, aprobase uno a Mario o no, fue por muchos años el más grande de Roma. La más espléndida de sus incontables victorias fue ganada el año siguiente a mi nacimiento. Entonces aniquiló por completo las grandes huestes germanas que, de no haber sido por él, habrían devastado ciertamente a Italia y a la misma Roma. Poco después cometió algunas tontas equivocaciones en política. Cayó en la trampa tendida por sus enemigos, quienes lo llevaron a actuar de manera impopular, y durante un tiempo quedó completamente desacreditado entre sus amigos. Pero en ningún momento la gente dejó de ocuparse de él. Había algo en su personalidad que llevaba a la fábula, hasta al romance. Tal vez fuera la gran intensidad de su seguridad interior, ya que en realidad distaba mucho de ser un romántico, y se hallaba desprovisto del más leve encanto.

Al igual que la mayoría de los niños, me deleitaban las historias de prodigios y milagros. Muchas de ellas se referían a Mario y aún hoy se cuentan. Recuerdo especialmente cuánto me impresionaba el relato sobre dos buitres que aparecían antes de cada una de sus victorias y acompañaban al ejército en su marcha. Ambos pájaros podían ser reconocidos siempre, pues los soldados, en cierta ocasión, los capturaron y les colocaron sendos collares de bronce alrededor del cuello. Y así, después, cuando estos grandes pájaros, ostentando los reflejos dorados tras sus cabezas y desplegando sus anchas alas, planeaban sobre las columnas en marcha, los soldados, cualquiera que fuese el peli-

gro, se impacientaban por entrar en combate, seguros de la victoria.

Siendo muy niño creía en esta historia y me gustaba pensar en ella y revivirla. Sólo más tarde, con el gradual desarrollo de mi mente, descubrí el evidente fallo de que, por amplio que fuera el alcance del vuelo de los buitres, no era posible que fuera tan grande como el de los ejércitos de Mario. Más tarde, por preguntas hechas a mi tía Julia, descubrí que Mario, durante sus campañas, tenía siempre a mano seis u ocho buitres enjaulados y equipados con sus collares de bronce. Los pájaros eran tratados y cuidados por uno de los esclavos de Julia y el propio Mario los manejaba con suma prudencia, no dando jamás la orden de soltarlos a menos de estar previamente seguro de su victoria.

Aunque durante un corto período quedé algo desilusionado al hallar que existía una explicación racional para lo que me parecía la directa intervención de los dioses, pronto me di cuenta que la historia verdadera daba más prestigio que la falsa a la habilidad de mando de mi tío. Ciertamente él, como Sertorio, el más grande de sus subordinados, poseía el arte de combinar todas las fuerzas a su favor, incluso la considerable fuerza de la superstición. Los hombres están dispuestos a creer casi todo, siempre, claro está, que ello les produzca placer, diversión y confianza. Éste es un hecho conocido para los que, como Mario, pueden genuinamente unirse al sentir de la gente y ganar, como resultado, no sólo respeto, sino, aun contra toda probabilidad, confianza y afecto. Individuos más intelectuales (mi tío Cotta, por ejemplo) creen, como naturalmente todos creemos, en el poder del razonamiento, pero lo consideran más fuerte de lo que en realidad es.

Mario, siendo totalmente inculto, era supersticioso; pero su natural agudeza era tal, que toda superstición por él alimentada se adaptaba para servir a sus propios intereses. Durante su vejez, tomó el hábito de relatar un suceso ocu-